

lógicos, el peso, la fuerza muscular, la vision, la capacidad pulmonar, y hasta la talla, los marinos sean inferiores á los soldados en las estadísticas de M. Gould, confirmadas en varios puntos por otros observadores.

Las FUNCIONES CEREBRALES, por fin, deben examinarse bajo el mismo título que todas las demás.

Los fenómenos intelectuales constituyen el modo de ser de la actividad del cerebro, así como sus manifestaciones exteriores son el producto de esta; unos y otras corresponden, por lo tanto á la categoría de los caracteres fisiológicos que ahora estudiamos. En la familia humana presentan las mayores analogías, porque son precisamente su distintivo general; pero también diferencias notables, que debieron ser de mayor importancia cuando en un principio vivían las razas aisladas. Dos caracteres, en efecto, son comunes á todos los hombres, la facultad de imitación y la de perfeccionamiento: el mono remeda lo que ve hacer y no va más lejos; el hombre se aprovecha, pónese al nivel, se modifica y es más ó menos educable. De aquí la dificultad en el análisis de los caracteres intelectuales, de distinguir lo que pertenece á la raza y al individuo, lo que proviene de la educación y del impulso. No solamente una tribu conquistadora, sino un solo hombre, que aparece por casualidad, basta para transformar las costumbres y modificar los caracteres hasta el punto de que no se reconozcan en menos de un siglo. Los antiguos peruanos deben los más de los caracteres que á nuestros ojos los distinguen de las razas vecinas, á la intervención de Manco-Capac, el primer inca. ¿Quién sabe si los australianos no se habrían elevado en la escala social si hubiesen hallado un hombre capaz de conducirlos como lo hizo aquel?

Esta aptitud del hombre para apropiarse lo que conviene á sus inclinaciones y necesidades, y á cambiar intelectualmente, no está desarrollada por igual: los unos adquieren pronto; los otros con lentitud. Sabido es que los andamanes y los australianos educados con arreglo á nuestra civilización, abandonan sus ropas á la primera oportunidad y vuelven á la vida salvaje, aunque estos indígenas aprenden pronto á leer y escribir y son muy observadores. Es preciso distinguir entre la educación brusca y forzosa de un individuo y la educación secular y progresiva de una raza. A despeque de esta tendencia á la uniformidad intelectual en toda la familia humana, ciertas diferencias persisten, correspondiendo cada una á estados anatómicos particulares del cerebro, los cuales demuestran con tanta seguridad como el examen microscópico más delicado.

Entre estas propiedades inherentes á la estructura del cerebro, figura en primer lugar la facultad del lenguaje. Los lingüistas han llegado en este punto á obtener las conclusiones más precisas. Cierta número de idiomas que no se pueden refundir unos en otros han nacido independientemente, de modo que en la remota época en que esto sucedió, las razas primitivas correspondientes vivirían por lo tanto separadas en el estado natural. Ahora bien, ¿se deberá á la casualidad la producción de un corto número de sonidos articulados, que llegaron á ser el punto de partida de otras tantas palabras-raíces, ó bien se ha modificado previamente el cerebro para hacer posible esa producción? Lo que nos interesa aquí es que hay lenguas profundamente distintas y que exigen gargantas especiales para pronunciar las palabras, así como entendimientos propios para concebirlas.

Es preciso considerar también los diversos modos de oír la gama musical en las cinco partes del mundo. Lo que es armónico para las fibras auditivas del cerebro de ciertas razas no lo es para otras; la educación no interviene aquí para nada; el hecho es primitivo y necesariamente anatómico.

Las divergencias de los sistemas de numeración se hallan

en el mismo caso: las razas llamadas arias los conciben todos y tienen una gran aptitud para las matemáticas. Otras razas, llamadas inferiores, no pueden contar más allá de 2, de 3 ó de 5; pasar de aquí es para ellas lo infinito, lo desconocido, lo incomprensible, y á pesar de todos los esfuerzos, no se puede á veces inculcarles una noción de número más alto: así sucedía con un damara citado por Lubbock.

Las aptitudes son igualmente distintas para el dibujo: tal raza, cuya existencia se remonta sin duda á los tiempos primitivos, no llega nunca más que á trazar redondeles y hacer palotes, y algunos de sus representantes no saben ni siquiera distinguir en el papel la copa de un árbol del casco de un buque. Los chinos, después de una existencia social que tal vez igualó á la de los más antiguos egipcios, y aunque adelantados por otros muchos conceptos, se han mantenido refractarios á toda noción de perspectiva; mientras que otras razas, por el contrario, de las más antiguas y salvajes, como nuestros antecesores de la edad del reno, han dado pruebas de tener un verdadero sentimiento artístico.

La oposición tan grande entre los sistemas de escritura indica también el aislamiento primitivo de las razas y la diferencia de aptitudes y de impulsos. La perfección que algunas parecen haber alcanzado á un tiempo, al paso que otras se han quedado estacionadas, merece también tomarse en consideración.

Las razas se distinguen también profundamente por el género de vida y la manera de entender el estado social. En la aurora de las tradiciones, y aun antes, cuando solo nos ilumina la arqueología prehistórica, se ven ya tribus sedentarias que se dedican tranquilamente á la pesca y al cambio, y tribus guerreras y turbulentes. Las unas, más tarde, aceptan con facilidad los gozes y la molición de la civilización; las otras resisten, prefiriendo una vida ruda y salvaje; si unas son escépticas ó indiferentes á las formas religiosas, también las hay que necesitan forzosamente un Dios protector y una creencia; tenemos razas naturalmente sedentarias, y otras que parecen predestinadas á un movimiento continuo, como el gitano, el judío y el árabe.

Los tsiganes no tienen religión, y vagan en medio de las civilizaciones sin dejarse seducir por ellas. El judío, nómada en un principio, y algún tiempo sedentario desde Josué á Tito, ha vuelto á su primer estado, tal como lo permiten los usos de los pueblos en medio de los cuales vive. El árabe conserva también sus tendencias y su inconstancia; en las Indias cambia de continuo; en el África central busca nuevos lugares y jamás se fija en ninguna parte, como la raza anglo-germánica.

Nadie pone en duda, por lo demás, el valor de los caracteres intelectuales; y ocioso sería decir que persisten á través de las edades con el mismo título que los caracteres físicos. Los españoles de la época de Escipión Emilia no son todavía los de hoy; el espíritu bélico, una constante perseverancia y el odio al extranjero los distinguen siempre. El carácter predominante de la raza francesa es aun el de los galos, descrito por César. En Argelia, el berberisco se diferencia del árabe más bien por su carácter y género de sociabilidad que por los rasgos de su fisonomía. Desde el anglo-germano al hombre moreno de la raza meridional, el contraste es igualmente notable y bien conocido.

Los impulsos inherentes á la materia cerebral son tan tenaces á pesar de la educación y de la civilización, que persisten aun después de los cruzamientos y de las mezclas, contribuyendo á que se reconozcan. Mr. Brace describe en los siguientes términos el carácter de los franceses.

«Por su genio y su carácter, bastante contradictorios al

parecer, y que no se comprenden hasta después de haberse familiarizado con el individuo, el francés participa de algo de las tres grandes razas de que proviene. Por su carácter chispeante y belicoso, su afición á ostentar y producir efecto, su repentino entusiasmo, que iguala á su fácil desanimación, su docilidad para dejarse gobernar por jefes militares, su amor á las artes y á los adornos, sus arrebatos, su ligereza y su galantería, es marcadamente celta. Por su devoción sobria, su gravedad, su impresionabilidad, su sentimiento de independencia personal, su espíritu de libre examen y su profundidad en materia científica, el francés participa del carácter teuton; mientras que por su maravilloso talento para organizar y sus tendencias á la centralización, tiene parte de romano. La raza francesa, en suma, con su genio, su ciencia, su grandeza, sus faltas que inspiran compasión, sus infortunios que afligen al mundo, su glorioso pasado, su presente incierto (el autor escribía en tiempo del imperio) y su porvenir misterioso, constituye una unidad, una fuerza nueva y vivaz en la vida de los humanos, tan caracterizada como cualquiera de las grandes razas de la antigüedad.»

Infinitos son los puntos de vista desde los cuales se debería tratar el vasto asunto de las diferencias cerebrales primitivas. Para cada raza fundamental sería preciso practicar un análisis minucioso, separando todo lo que es debido al perfeccionamiento natural, á las instituciones incidentales, á las influencias de las otras razas y á las circunstancias históricas. Se debería medir en cierto modo la fuerza de cada facultad, sentimiento ó instinto, examinándose también el espíritu de superstición, de religiosidad, de familia, de individualismo, de sociabilidad, la aptitud para la civilización, y las preferencias para tal ó cual género de vida y de costumbres. Tan prodigiosa y variada es la actividad cerebral en las razas que se califican de superiores como entorpecida está en las inferiores. Al hablar de los Ahts de la América del Norte (Lubbock,) Sproat dice que no parece sino que el espíritu del salvaje está medio dormido, porque es preciso repetir las preguntas que se le dirigen, observándose que una corta conversación le fatiga cuando las respuestas exigen que se esfuerce un poco el pensamiento y la memoria. Los salvajes del interior de Borneo (Dallon,) y algunos de la Australia occidental (Scott Nind) manifiestan en todo la indiferencia más absoluta, lo mismo que los animales, y solo piensan en comer y beber. Varias veces se han descrito salvajes, como el bosquiman de Lichtenstein, en los que nada indica el menor destello de inteligencia, ni por la expresión del rostro ni por los actos de la vida.

Un asunto casi nuevo llama mucho la atención hace algunos años: es la historia basada, en hechos, de las etapas que han seguido las sociedades humanas para alcanzar el grado de desarrollo intelectual á que han llegado las más favorecidas. Para nosotros, esto no es más que uno de los puntos de vista de la etnología ó etnografía general; M. Taylor la ha dado el nombre de «Cultura primitiva,» y M. Lubbock el de «Orígenes de la civilización.» El primero demuestra en particular, y tomamos solo un ejemplo, que la moral es sinónimo de costumbres y siempre utilitaria; que varía con los pueblos conforme á sus necesidades; que reducida á los estrechos límites de la familia y después de la tribu, se ha extendido á federaciones mayores, y en una palabra, que es progresiva. Basta decir que las ideas de moral pueden dar caracteres étnicos, pero no caracteres fisiológicos diferenciales entre razas, cuando menos hasta que haya un cambio. La ciencia de las religiones avanza en el mismo espíritu; por la comparación de las fábulas y alegorías en la base de todas las mitologías, se remonta, como se hace para las lenguas, al conocimiento del contacto que los pueblos han tenido

entre sí, y separa por lo tanto lo que es carácter adquirido de lo que es carácter propio.

Su cuadro se ensanchará más aun, siendo la ciencia de las fases retrospectivas de las cesiones que se han hecho recíprocamente las razas en el orden intelectual, y de lo que han ganado por el simple y natural desarrollo de las facultades inherentes al hombre en general. El problema de los caracteres diferenciales de las razas humanas depende de su organización cerebral propia, y por lo tanto se simplificará mucho más, pudiéndose entonces sin duda decir verdaderamente que las maneras de manifestarse la actividad del cerebro ofrecen caracteres distintivos bajo el mismo título que las formas del cráneo ó la naturaleza del cabello. Se dirá que las variaciones no pueden medirse con el compás, pero no puede hacerse otra objeción.

Los CARACTERES PATOLÓGICOS son una desviación de los caracteres fisiológicos, y así como ellos, conciernen al individuo vivo.

Bajo este título se agrupan todas las particularidades morbosas que presentan ciertas razas, con exclusión de otras. Nuestra intención no es tratar ahora este punto, que se relaciona demasiado con la medicina, pues se debería considerar en su nacimiento la marcha y la reproducción de las enfermedades, lo cual depende de las condiciones telúricas y atmosféricas, por una parte, y de la raza por la otra. Hace diez y seis años fuimos los primeros en denunciar un hecho de que se habló bastante, y es que la mortalidad en los hospitales ingleses por efecto de las grandes operaciones quirúrgicas era una mitad menos que en los franceses. Nosotros lo atribuimos á una alimentación mejor, á la salubridad y á la organización de aquellos establecimientos, y solo se nos hizo una objeción digna de tenerse en cuenta. M. Velpéau, con su tacto exquisito, contestó á la Academia de medicina que la carne inglesa y la francesa no eran iguales, ó en otros términos, que en las dos razas no se efectuaba la misma reacción á consecuencia de las operaciones. Hé aquí efectivamente un carácter antropológico. La inmunidad de que gozan los negros y sus mestizos respecto á la fiebre amarilla; su poca hepatitis en el Senegal, comparativamente con los europeos, y su mayor predisposición, por el contrario, á contraer la peste, son otros ejemplos. Según M. Obdenare, los rumanos son casi refractarios á la malaria, mientras que los alemanes son atacados fácilmente.

Estos caracteres patológicos constituyen un asunto enteramente nuevo, sobre el que llamamos la atención de nuestros cirujanos de marina. En los tratados de patología hallarán que se trata extensamente de la influencia de la edad, del sexo, del temperamento sobre las enfermedades y de las afecciones propias de ciertos países, pero verán que apenas se dice nada sobre la influencia de la raza propiamente dicha. Es un vacío que se debe llenar (1).

(1) En los Estados Unidos del Norte, donde viven juntas las dos razas negra y blanca, se podría escribir ya seguramente un volumen sobre los caracteres patológicos comparados de las dos. Los documentos oficiales proporcionarían la parte de estadística. Así por ejemplo, en cuanto á la frecuencia de la locura y del idiotismo, hay listas como la siguiente, del mayor interés:

	Proporción por 1,000 habitantes	
	Locura	Idiotismo
19,553,000 blancos.	0,76	0,73
434,700 negros libertos.	1,71	0,81
1,240,000 negros esclavos.	0,10	0,37

Aquí tenemos una prueba de que la influencia social predomina en esta circunstancia sobre la influencia de raza; un cerebro que nada tiene

Al hablar de la piel del negro se ha discutido sobre el color de sus cicatrices. El fenómeno es conocido ahora: cuando la llaga ha interesado profundamente el dermis, son blancas relativamente al fondo negro que las rodea; y si interesa ligeramente la superficie, las cicatrices son mas negras que el color inmediato.

Las causas de la extincion de las razas corresponden á este capítulo. Rápida, lenta y hasta insensible, esta extincion progresiva en presencia de razas nuevas, relativamente superiores y diferentes por sus costumbres y civilizacion, es un hecho demostrado ante el cual nos debemos inclinar. Aunque se produzca en tribus tan marcadamente salvajes como los obongos de Du Chaillu y los australianos del Puerto del Rey Jorge, descritos por Scott Nind, esto no tiene nada de sorprendente; pero es muy extraño que el fenómeno se repita en los polinesios, que distan mucho de ser una raza inferior, en los indios de la América del Norte y los árabes de Argel. Las mismas influencias obran, sin embargo, por una y otra parte, las unas morbosas y las otras fisiológicas, y todas pueden resumirse en una palabra.

En las causas morbosas entran las enfermedades nuevas para el país, y mas ó menos contagiosas, que los europeos trasportan consigo, como han hecho con la grama en la Plata, y como los americanos, que nos dieron últimamente la filoxera. Tambien podemos citar la viruela, importada en Santo Domingo en 1518, en Islandia en 1707, en Groenlandia en 1732, en el Cabo de Buena Esperanza en 1748 (Boudin), y que al empezar en Australia aniquiló casi en 1788 la curiosa tribu de Puerto-Jackson, hoy Sidney; el sarampion, que ha ocasionado la muerte de la mitad de los habitantes de las islas Fidji; la escarlatina; la sífilis, de la cual se exagera, sin embargo, la fuerza, y el alcoholismo bajo todas sus formas, que se propaga por imitacion y reviste fácilmente el aspecto epidémico.

Las causas fisiológicas son el súbito cambio de costumbres, la imposibilidad para el indígena de subvenir á sus necesidades como antes en tales condiciones, y la nostalgia combinada con la anemia que resulta de ella.

Antes de la llegada de los europeos, los australianos poseian inmensos territorios donde la caza estaba como acotada, y donde en todo tiempo se podian hallar provisiones; el kanguro hacia las veces del reno de otra época respecto á nuestras antiguas poblaciones del Perigord, ó del caballo respecto á las de Solutré; poseian además extensos campos naturales, en los cuales recogian sus cosechas anualmente; eran agricultores y pastores, y no sufrían vejámenes de ninguna especie por tal concepto. De repente se les expropia de sus territorios de caza y de cultivo; sus kanguros huyen ante las armas de fuego, y antes de terminar una generacion, véanse obligados á modificar completamente su modo de vivir y sus costumbres (Comision de Adelaida, Australia del Sur). Fácilmente podian subsistir en las grandes llanuras; pero en un reducido espacio y con todas las trabas de la civilizacion, la existencia es imposible para ellos. De aquí ha resultado que su alimentacion es ahora insuficiente; ya no pueden resistir como antes el frio cuando van desnudos, y si se agrega á esto el abatimiento, la tristeza que les causa verse sometidos allí donde eran amos, con la puerta abierta á todas las enfermedades y á los vicios, no se extrañará que en tales condiciones sucumban á menudo víctimas de la tisis.

que pensar está menos expuesto á la locura que el del individuo que lucha para satisfacer las necesidades sociales; esto es natural: un órgano que trabaja mucho tiene mas probabilidades de descomponerse que aquel que no hace nada.

Ahora bien: lo mismo en Australia que en otros varios puntos, la poblacion era ya escasa proporcionalmente al territorio; el reducido número de mujeres, la práctica regular del infanticidio, y la frecuencia de los accidentes en la vida salvaje mantenian la cifra estacionaria; pero agregándose las circunstancias que acabamos de indicar, la disminucion es forzosa. En la produccion de las enfermedades, siempre hay, por lo demás, dos influencias en juego, una causa externa, morbosa ó accidental, y una causa interna que es la falta de resistencia del organismo: esta última es para el salvaje la principal.

No hay, pues, nada de misterioso en esa extincion de las razas. Una anciana namaquesa, centenaria, según todas las apariencias, á la cual Barrow preguntó si recordaba aun el tiempo en que los holandeses no ocupaban el país, contestó: «No me faltan buenas razones para recordarlo: en aquel tiempo ignorábase lo que era tener el estómago vacío, y hoy día apenas se puede llenar la boca.»

Bajo una fórmula menos brutal, la causa es la misma siempre que una raza va disminuyendo progresivamente. La que saca el mejor partido de los recursos del país obtendrá la ventaja si la otra no sigue el movimiento. Los árabes son vivaces en Arabia porque no se les disputa el terreno, pero degeneran en Argel porque hay competencia y no pueden continuar tambien su vida pastoril; retroceden por instinto en los arenales del Sahara, como los americanos en las montañas Pedregosas. Los herberiscos, á quienes nuestra civilizacion conviene perfectamente, prosperan, por el contrario. En suma, es la ley de adaptacion á los medios, sea cual fuere su naturaleza física ó moral y el mecanismo del progreso.

El aumento regular y progresivo de la poblacion, tal como le vemos efectuarse en la Europa actual, no se observa, por lo demás, en el estado salvaje, por ejemplo entre los negros de Africa, ni en el estado bárbaro, como en otro tiempo en Europa antes de nuestra era. En estos dos casos, el número de muertes prematuras por asesinato, accidente y enfermedad, que hubieran podido evitarse, aumenta considerablemente, y el movimiento entre la mortalidad y los nacimientos mántiense en realidad estacionario, exceptuando algunas oscilaciones anuales de alza y baja. Hoy día, en el centro de Africa, allí donde la influencia del europeo no se ha dejado sentir aun, hay tribus negras que se extinguen sin razon aparente, sin cambio en las condiciones exteriores, y casi sin guerra. No debe extrañarse, pues, que si se agrega otra condicion desfavorable, tal como la obligacion de cambiar de costumbres, de alimentarse, dormir, andar y vestirse de otro modo, se interrumpa definitivamente el equilibrio, predominando la mortalidad. Al paso que llevan los pueblos europeos en lo de emigrar y multiplicarse, la tierra quedará muy pronto ocupada en provecho suyo.

Hay, sin embargo, para las razas, causas de destruccion violenta: los tasmanios fueron exterminados hasta el último por los ingleses, y ya no subsisten sino por sus mestizos; los ingleses mueren en las Indias y los holandeses en Malaca porque no pueden aclimatarse; los esquimales, en el norte de América, se extinguen porque su país es cada vez mas frio, llegando á ser imposible la existencia. La tisis, dice el capitán Hall, ocasiona por sí sola mas víctimas que todas las demás enfermedades reunidas.

Entre las razas mas célebres extinguidas natural y recientemente, citaremos los charruas, los caribes (?) y los negros de California; entre las primeras que deben desaparecer figuran los indígenas de la isla de Pascuas, los kamtchadales, los esquimales, los makololos, etc.

CAPÍTULO IX

CARACTÉRES ÉTNICOS, LINGÜÍSTICOS, HISTÓRICOS Y ARQUEOLÓGICOS; SU VALOR. —RAZAS PREHISTÓRICAS. —NUESTROS ANTEPASADOS DE LA PIEDRA EN BRUTO Y DE LA PIEDRA PULIMENTADA

Los CARACTÉRES ÉTNICOS comprenden todos los hechos que resultan de la asociacion de los hombres entre sí, sea cual fuere el móvil que les guia, la necesidad de vivir en sociedad, el interés, el capricho ó las pasiones bélicas. La unidad nacional y la federacion de las provincias autónomas, son las formas mas elevadas de esa ilustrada asociacion. Las pequeñas tribus de los Todas, cuyos miembros están todos unidos por los lazos del parentesco, y donde la asociacion es sinónimo de familia, son el ejemplo del mas íntimo grado inverso. En uno y otro caso se ha dejado al individuo una parte mayor ó menor de libertad, y se ha confiado la autoridad á un jefe ó á una reunion de delegados.

Otros ejemplos podemos encontrar en la democrática organizacion de las kábilas de Argel, en las autoritarias instituciones del árabe nómada, y en el sistema de los australianos, que ventilan sus cuestiones en asambleas periódicas llamadas *corroborries*. Raras son las veces que no se observa ninguna huella de civilizacion, pudiendo citar entre esos pocos casos, los australianos del Puerto del Rey Jorge, descritos por Scott-Nind, y los obongos de Du Chaillu.

El móvil de la asociacion es la necesidad de defenderse contra el enemigo comun, y prestarse mutuo apoyo para soportar las cargas de la vida; resultado de ella el establecimiento de costumbres y reglas y bien pronto de leyes escritas ó trasmitidas verbalmente de generacion en generacion. La idea de una distribucion equitativa de las cargas y de los placeres viene posteriormente, seguida tardíamente de la nocion de moral tomada en el sentido que dan los europeos á esa palabra; es decir, la proteccion del débil é indefenso y el derecho igual para todos al «banquete de la vida.» Sin embargo, existen en todas partes párias, oprimidos y sacrificados, y aun quizás en mayor número entre las naciones civilizadas pero rutinarias. El principal objeto, la mas alta concepcion de la moral, es precisamente destruir esas desigualdades.

Después de los usos y leyes que se proponian la utilidad pública, se han desarrollado, no se sabe cómo, una porcion de costumbres, lógicas ó ridiculas, que responden á alguna de las debilidades innatas á la máquina humana. Tales son los ritos anejos á las grandes épocas de la vida; el nacimiento, la pubertad, el matrimonio, el parto y la muerte; las costumbres de tatuaje, de mutilacion de dientes, nariz, orejas, pié, talle, órganos genitales y cabeza; los usos referentes á las creencias religiosas, á las tradiciones de gloria, de miseria, etcétera.

Tambien atañen al estado social todos los datos sobre utensilios, armas, modos de navegacion, género de habitaciones y el alimento preconizado por los diferentes pueblos. Asimismo pueden ser clasificadas en este lugar, tan bien como al hablar de las aptitudes intelectuales, las costumbres de caza, pesca, agricultura, industria y comercio; y finalmente las producciones literarias, artísticas y musicales que carac-

terizan á cada nacion. Así como las razas están predisuestas, por su naturaleza, á un género particular de vida, los pueblos no lo adoptan, las mas de las veces, sino por el ejemplo y contacto con otros pueblos.

Tales son los materiales en que se apoya la *etnografía*, ó descripcion particular y sucesiva de cada pueblo, de sus leyes y costumbres, de su idioma, de su origen y de sus parentescos. La *etnología* trata estos puntos bajo un punto de vista general mas elevado, fijándose en los caracteres comunes y procurando determinar las leyes que presiden las relaciones y cambios entre los pueblos y la evolucion de sus costumbres é instituciones. Una y otra contribuyen poderosamente á los progresos de la antropología, por mas que en rigor puedan estar separadas de ella.

Entre esos caracteres etnológicos y, para mayor brevedad, étnicos, unos tienen poco valor en su conjunto, mientras que otros lo adquieren separadamente, é intervienen útilmente, por lo que á nosotros interesa, en el conocimiento de los lazos de parentesco pasados y presentes, y en la determinacion de los elementos antropológicos que entran en la composicion de cada pueblo.

El canibalismo, por ejemplo, se halla extendido casi en todas las razas que han permanecido salvajes, ya á título de medio alimenticio, como sucede entre los Monboutous y algunas otras tribus del Africa, donde abiertamente se hacen carnicerías de carne humana, ya con el objeto de asimilarse las cualidades del difunto. Verificase esto después de un combate, con motivo de una fiesta religiosa, ó espontáneamente en plena paz. El canibalismo no nos proporciona, pues, ningun medio para descubrir las relaciones que en un momento dado han existido entre dos pueblos, pero estudiando las circunstancias en que se produce y los procedimientos que para ello se siguen, puede darnos algun indicio.

Asimismo el uso de levantar monumentos de piedras toscas en memoria de algunos importantes acontecimientos, ó para contener los restos de aquellos que fueron venerados en vida, se les ocurrió naturalmente á varios pueblos á un tiempo mismo; como se demuestra por haberse encontrado en casi todos los países piedras levantadas, superpuestas ó formando una especie de habitaciones. En las Indias todavía se construyen monumentos de esta clase. Las actuales kábilas del Djurjura elevan á veces un circuito de piedras en el recinto donde celebran sus asambleas federativas. Las losas que en nuestros cementerios civilizados se colocan, son una última manifestacion de esa disposicion natural al hombre, de apoderarse de lo que le parece mas duradero, para construir un monumento conmemorativo. Sin embargo, esas construcciones pueden ser clasificadas en distintos grupos, á causa de su fisonomía particular. Bastará la menor inspeccion para conocer que los dolmens y los cromlechs de Dinamarca, Francia, Inglaterra, Portugal y Argel, han sido concebidos por un mismo pueblo, mientras que los del Dekkan, del